

vientos, lo ha convertido en un refugio encantado, en el cual han establecido su imperio las brisas de abril portadoras de la fecundidad: no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor, de la abundancia y de la hermosura, siguen considerando esta parte del mundo como su mansion favorita:—lo que puedo decir es que el aspecto de Nápoles y su influencia en el que lo mira hacen comprender los parasismos de felicidad, los éxtasis y los deliquios de todos los paraísos imaginados por los poetas.

III.

La vida en Nápoles.

Nápoles 18 de enero.

Si bello era Nápoles visto desde el vapor, interesante y bellissimo es despues que se salta á tierra.

Yo no conozco ciudad mas alegre, mas animada, mas bulliciosa, mas pintoresca. En ella todo es música, luz, colores y movimiento. La poblacion bulle, corre, grita, gesticula, canta, reza y se mofa de todo incensantemente y á un tiempo mismo. El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco, mucho de andaluz. Es levantino por escelerencia.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frio) donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. Algunos millares de ellos tienen una tienda en mitad de la calle, cuya tienda consiste en una larga mesa cubierta de esquisitas ostras, de peces vivos, de vistosas flores y de esquisitas frutas. Para dar una idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen solo con *sandía* que, es uno de los productos mas abundantes del pais. «*Co tre calle, —dicen,—vive, magne, é te lave á faccia.*» (Por tres céntimos, bebas, comes y te lavas la cara.) —Dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos caracteriscos de la fisonomia de Nápoles es el infinito número de coches, calesines en su mayor parte, llamados aquí *carricoli*, ó *carrocele*, que discurren á escape por la poblacion, deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, cruzándose en todas direcciones, sin orden ni concierto, con tanta osadía como destreza, como antiguamente los romanos y griegos de que son intermedios geográficos tememario. El conductor se pone á veces de pie para dirigir la *cuadruga*, que no es tal cuadruga, sino un solo caballo enano que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo; en el carruaje van frailes, mujeres, niños, garibaldinos, *lazzaroni*, (cuadruple tripulacion de la que buenamente cabe); quién agarrado á un hierro, quién

colgado de un tirante, quién de pie en un estribo, y casi todos gritando desafortadamente.

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincracia de Nápoles. En Nápoles gritan los transeúntes que van solos en medio del dia por plazas y calles, y gritan por el solo placer de oírse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no se por qué prurito de alterar el orden.—Y en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—Y en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella*.—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algaravia que trastorna y aturde al forastero. Es una orgía constante, es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desenfreno cinico y que no llamaré salvaje... porque me acuerdo de la refinada civilizacion que ha producido tal escoria.

¡Oh!... sí: Nápoles es la heredera de la Grecia decadente y de la Roma prostituida. Cerca de Nápoles está Cápua: dentro de Nápoles está el barrio, ó por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana*. A la vista de Nápoles está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza hace mil ochocientos años. Nápoles es el pantano del vicio; á Nápoles se puede aplicar con una exactitud espantosa la descripcion que Zorrilla hace de la Pentápolis; aqui pulula

aquella muchedumbre
que, profanando su mortal belleza,
del vicio en la asquerosa pobredumbre
enfangó su feroz naturaleza,
dejándola sin freno y sin cuidado,
desbocada correr tras el pecado.

La calle principal de Nápoles, su gran *boulevard*, es la *Calle de Toledo*, llamada asi, del ilustre virrey don Pedro de Toledo, que la mandó abrir cuando el reino de Nápoles era una provincia española. La tal calle, que no es muy ancha, y consiste en una áspera cuesta de media legua de longitud, recuerda nuestras ciudades antiguas, por el aspecto novelesco de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso dá sombra á veces á escudos heráldicos de Castilla y Aragon. Aquella via es una especie de valle ó rio, al cual descenden como arroyuelos muchas calles rectas y empinadas, dispuestas algunas en escalones.

A su comienzo, en el *Largo* (plaza) de *San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, eterno foco de conspiraciones y centro hoy del entusiasmo y la algazara. Nunca he podido alcanzar en él un puesto ó sea una mesa desocupada: en cambio, allí cerca, hay un *Café y Riposto* (fonda) sostenido por un reaccionario ó *borbónico*, al cual asiste muy poca gente y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien.

Pero nuestro *restaurant* favorito, para almorzar, es el muelle de *Santa Lucia*, en donde habitamos una casa cuyos balcones caen al mar y dan frente el Vesubio.

¡El Vesubio! De noche, nos pasamos largos ratos contemplando el volcan

desde aquellos balcones. En lugar de humo, percibimos tres enormes ascuas, y de tiempo en tiempo, una llamarada de color de púrpura que ilumina el golfo. El Vesubio está en erupcion hace pocos dias, y la lava *corre* aunque no mucho.—Ya explicaré lo que todo esto significa.

Pero volvamos al almuerzo. Por la mañana nos salimos á la calle, dónde, como he dicho, hay un vasto mercado ó campamento; y allí almorzamos al aire libre higos chumbos, ostras del *lago Fusaro* (las mejores del mundo), pescados que vemos sacar de la mar y freir, y vino de Capri, aromático y generoso como los mostos andaluces.—La multitud circula en torno nuestro sin reparar ni en nosotros ni en la mucha gente que almuerza del mismo modo.—Las napolitanas son feas por lo general; no asi los napolitanos. Media poblacion viste ahora la camisa roja llamada *garibaldina*.—Los *lazzaroni*, medio desnudos, cantan, silvan ó vocean tendidos al sol.—Los frailes, queridísimos de la plebe, van de un lado á otro en amigable coloquio con los muchachos vagabundos, que se dan de cachetes por besarle el rosario ó la manga del hábito.—Oficiales de Garibaldi, con su vistoso uniforme, todo encarnado, corren al escape de sus corceles de guerra. Sin duda han venido del campamento de Mola, ó vuelven á él. Allí se lucha de veras y se muere que es una maravilla. La opinion está indecisa en otorgar el premio del valor á sitiados ó á sitiadores.—Y la naturaleza sigue sonriendo; el mar, el cielo, las islas, las estensas riberas del golfo, la muchedumbre, el ambiente, todo respira júbilo y placer.—A veces me imagino que nada de lo que veo es la vida, sino el delirio de una ciudad. Se diria que el Vesubio comunica á Nápoles su fiebre eterna.

He dicho que toda la ciudad está enlosada de lava: he de añadir que las casas están construidas en su mayor parte con piedras volcánicas.—El Vesubio es la vida y la materia, la celebridad y el peligro constante de la escandalosa Parténope. No tiene Nápoles al Vesubio, como Granada á la Alhambra: no: el Vesubio es el que tiene á Nápoles: el volcan es lo principal y la ciudad lo accesorio.

Desde *Santa Lucía* nos vamos á recorrer la ciudad, á visitar el *Museo Borbónico*, del que ya hablaré, ó á recorrer las iglesias, los palacios y las tiendas de coral y objetos de lava, que son las especiales del pais.

De las iglesias la mejor es la *Catedral*, cuyo altar Mayor sirve de sarcófago á *San Genaro*, el ídolo de la poblacion. La catedral está levantada sobre el solar de dos templos griegos, dedicado el uno á Apolo y el otro á Neptuno.—En *Santa Clara* hemos visto las sepulturas de muchos reyes de Nápoles, algunas de ellas de gran mérito artístico: pero ¡cuánto mas nos han interesado los sepulcros de los príncipes y princesas de Aragon que encierra la sacristía de *Santo Domingo*! Allí hemos saludado tambien el mausoleo del célebre marqués de Pescara, que está representado con hábito franciscano.—La iglesia de Santo Domingo es gótica.—Asimismo han llamado nuestra atencion *San Felipe Neri*, por su lujoso y esquisito decorado; *San Francisco de Paula*, imitacion del Pantheon de Roma; *Santiago de los Españoles*, por su nombre, y por haberla construido el

citado don Pedro de Toledo, cuya magnífica tumba allí se admira, y *Monte Oliveto*, antiguo convento, donde el Tasso escribió parte de la *Gerusalemme*.

El *Palacio Real*, debido al virey español conde de Lemos (el Mecenas de Cervantes), es uno de los mas grandes y bellos de Europa.—Hoy lo habita el *Príncipe de Carignan*, *luogo-tenente* de Nápoles en nombre de Victor Manuel.

Despues de estas escursiones que se prolongan hasta las dos de la tarde, emprendemos nuestro paseo, que suele ser á caballo.

Y ora vamos á *Villa Reale*, que es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* ó el *Prado* de Nápoles, á donde acuden todos los carruajes aristocráticos, tripulados por elegantes damas, y centenares de ginetes, muchos de ellos oficiales voluntarios de Garibaldi; ora vamos á la *Cartuja de San Martín*, situada en una altura que domina toda la ciudad y hasta el castillo de San Telmo; ora á *Pozzuoli*, ó cuando menos á *Bagnoli*...

En la *Cartuja*, que es lujosísima y bella, hemos encontrado un monje español: allí hemos admirado muchas pinturas de nuestro *Ribera*, gloria de la Escuela Napolitana como todo el mundo sabe, y sobretodo, su famoso cuadro de la *Deposicion de la Cruz*: allí finalmente, hemos pasado largas horas contemplando el maravilloso panorama, sin igual en el mundo, de la ciudad, las islas, el golfo, las montañas, el volcan y el mar Tirreno... todo esto encerrado en un solo golpe de vista.

El paseo á *Pozzuoli* es mucho mas interesante, siquier mas largo.

Se sale de Nápoles atravesando el muelle de *Chiaja* con direccion al Promontorio de Posilipo, perforado por la célebre gruta que pone en comunicacion el golfo de Nápoles con el de *Pozzuoli*.

Antes de entrar en la gruta, subís á visitar la *Tumba* de Virgilio, de la cual solo queda el sitio, que es el mismo en que el poeta tuvo un *villa* en que escribió sus Eglogas y sus Geórgicas. El laurel plantado por Petrarca en aquella gloriosa ruina, desapareció á fines del siglo pasado, y el que hoy lo ha sustituido, plantado por Casimiro Delavigne, desaparecerá tambien, á causa de la costumbre que tienen ó tenemos todos los viajeros de arrancarle una hoja cada vez que lo visitamos.

La *Gruta de Posilipo* es una especie de túnel abierto en lodo volcánico, sólido y compacto como la piedra. Su longitud es de quinientos metros, por cinco de latitud y diez y nueve de altura. De dia y de noche la iluminan turbios reverberos que apenas dan lugar á que se vean y se eviten los muchos carruajes que van y vienen por aquella pavorosa galería. La primera perforacion data de los tiempos de Augusto, y se ensanchó y perfeccionó tal como hoy se halla, en el reinado de Alfonso I de Aragon. La orientacion de la gruta es tan perfecta, que á fines de febrero y de octubre, el sol poniente la ilumina horizontalmente de un extremo á otro.

Al salir de aquel camino misterioso encuéntrase uno en los *Campos Ardientes* que ya he citado, region volcánica llena de cráteres mal apagados, que ofrecen una variedad infinita de fenómenos plutónicos. Aquel es el infierno pagano.—

Allí hay lagos que se llamaban la *Stigia* (hoy *Averno*), el *Cocito* (hoy *Lecrino*), el *Tártaro* (hoy *Mar Muerto*), el *Letho* (hoy *Fusaro*), los cuales encierran, (además de recuerdos inmortales, por lo que influyeron en la imaginación de Virgilio, que paseó por todos ellos á Eneas,) las mejores ostras del mundo,—y no soy yo quien lo dice, sino Martial.—Allí se encuentra la famosa *Gruta del Perro*, llamada así por la prueba que se hace, con un pobre animal, de que es imposible permanecer largo rato en ella á causa del gas de ácido carbónico que despiden la tierra.—Allí veis la *Solfatara*, volcan no apagado todavía, cuya última erupción fue en el siglo XII. Todavía arroja humo: todavía está caliente la tierra en sus alrededores: todavía, si abris un pequeño agujero en la tierra y soplais, producís el fuego.—Allí encontraís el cráter de *Astroni*, del que solo quedan tres lagos rodeados de árboles sombríos. Con todo aquel terreno se ha hecho un Sitio Real, y en él, es decir, sobre un antiguo infierno, se han dado fiestas espléndidas en tiempo de Alfonso de Aragon, conocido por el Magnánimo.—Allí visitais el Anfiteatro de *Pozzuoli*....

¡Oh! yo no olvidaré nunca esta visita. Desde aquellas nobles ruinas se alcanzaba un gran horizonte de mar, hasta Cabo Miseno. En frente se veían las ruinas de *Baia*, inmensa, rica, hermosa ciudad de los tiempos clásicos, aniquilada por los terremotos; *Cumas*, la ilustre *Cumas*, la ciudad mas antigua de Italia, borrada casi de la faz de la tierra; el *Templo de las Ninfas*, con sus columnas sumergidas en el mar; y otros muchos templos y otras muchas ciudades, todo convertido en escombros por los terremotos que acompañan siempre á las erupciones del Vesubio.

El Anfiteatro de *Pozzuoli* está mas vivo que el de Roma; ni un saqueo ordenado de sus materiales, ni una restauración mezquina han venido todavía á quitarle el aire de autenticidad que ofrecen sus escombros. Todo se halla como quedó despues del temblor de tierra que lo hizo pedazos: columnas rotas é inmensos capiteles bellísimos encuéntranse acá y allá, vueltos del revés, clavados en la arena, enterrados bajo las bóvedas que se hundieron.

Desde lo alto de la escalinata, he visto yo el espectáculo eterno, el mismo que contemplarian los antiguos romanos cuando venían á esta región á descansar del gobierno del mundo: el mar, el cielo, la costa azulada, tapizada de árboles y flores y sembrada de mármoles que reverberan al sol... y allá, á lo lejos, la nave gala ó ibera que se pierde en el horizonte!—Solo ha cambiado el destino de los pueblos. Hoy no es Italia la señora de las Galias y de España: hoy es la presa que se disputan sus vasallos de otro tiempo.

La vuelta á Nápoles, despues de esta escursión, que he hecho ya tres veces, proporciona un espectáculo tan sublime, tan conmovedor, tan bello y tan solemne, que no hay palabras con que describirlo.

No se vuelve por la *Gruta*: se regresa por la orilla del mar, girando en torno del promontorio de Posilipo, por un elevado camino tallado en las abruptas rocas.

Empieza á declinar la tarde. El sol se pone en lo último del Mediterráneo...

Todavía lo verán durante mas de una hora en nuestra adorada España.—Estamos en la Punta de Posilipo. Desde aquí se descubre aun la región mitológica que acabamos de abandonar y todo el golfo de Nápoles, la ciudad, las islas, el Vesubio y las ciudades sucesivas que bordan la orilla de la península de Sorrento.—Este es el Nápoles descrito por Lamartine en *Graziella*: el Nápoles que hay que ver para despues morir...—¡Qué cielo! ¡qué mar! ¡qué magestuoso silencio! ¡qué estática inmovilidad la de las olas!—Ni un leve soplo de brisa: el humo del volcan, enrojecido por el sol poniente, se levanta á una altura inmensurable como una pluma descomunal de color de escarlata. Los cristales de la población brillan como el fuego. El mar se halla tan dormido que los barquichuelos, las casas y las peñas se repiten en él, dibujando en el seno del golfo otra ciudad submarina. Es la Sirena Partenope que sonríe desde el fondo de las olas!—La quietud del agua es tal, que en su unida y trasparente superficie de color de leche se dibujan manchas y franjas oscuras, indicando las corrientes de lo hondo... Parece una dilatada piel de pantera, estendida á los pies de la ciudad.—Del abrigado puerto salen en este instante ocho ó diez vapores en direcciones diversas, dejando en el apacible golfo largas estelas de cristal y aljofar, que parecen dulces recuerdos y tiernos saludos de los que dejan esta mansión de delicias.—Yo sigo con la vista las embarcaciones que se alejan hacia el occidente, hácia la madre España... Las aves, cerniéndose como puntos negros en el fondo de oro del horizonte, sobre la intensa luz crepuscular, parece como que acompañan á aquellos buques, cuyo alto velámen, hinchado por las brisas de alta mar, se destaca todo entero, y fantásticamente agigantado, en el último término del espacio indefinido... ¡Oh momento!

Todos los que han salido de Nápoles ó vuelven de Bagnoli por este camino, han hecho alto como nosotros en un elevado balcon que domina tan grandioso panorama. Las damas, reclinadas en sus carruajes; los ginetes, inmóviles en las sillas; los que han venido á pié, reclinados en las peñas, todos callan. La sublimidad de esta hora patética, embarga, electriza los corazones. ¡Cuánta vida y cuánto silencio! Diríase que se asiste, como á una tragedia, á la muerte de tan hermoso día. La lucha de la luz y las sombras, y la mudanza, el desvanecimiento, la escala descendente de los colores, hé aquí todo lo que contemplamos, á vueltas de un cuadro ya conocido, pero que siempre parece nuevo, como era nuevo esta mañana el sol que ahora se hunde para siempre; como será nuevo el día que amanecerá dentro de algunas horas.

¡Oh! sí: el momento es agosto: la naturaleza suspensa, pasmada de su propia hermosura, se complace en prolongar estos dulcísimos instantes. Creeríase que el tiempo se ha pasado, condensándose y resumiéndose en una sola hora. Todos los siglos muertos, y los futuros palpitan confundidos en la belleza eterna de la creación. La melancolía de nuestra rápida existencia da lugar á un inefable gozo, cuya verdadera expresión se encuentra en la frase proverbial: *Ver á Nápoles, y despues morir*...—¿Qué nos importa morir, si hemos vivido cuanto puede vivirse: si hemos gustado en un solo instante todas las delicias de la tierra?

No bien se oculta el sol, todos respiramos á un tiempo; todos levantamos la cabeza; todos nos encontramos con los ojos humedecidos.—Ha cesado el silencio: pónense en movimiento carruajes y ginetes: renace la conversacion...—Hemos vuelto á nuestra pobre vida humana.

Entre tanto una sombra súbita, rápida, instantánea, ha ennegrecido todo el cuadro que hace un minuto reflejaba destellos y colores.

Diríase que el tiempo apresura el paso, á fin de ganar los momentos perdidos durante su involuntario éstasis.

¡Y nosotros pensamos en mañana!

Después de estos paseos, el alma embelesada queda rendida de su larga tensión armónica con la belleza universal, y pide á gritos emociones mas limitadas, goces mas breves, alegrías mas soportables.

Es el momento de volver á Nápoles á todo el escape de nuestros caballos y apearnos á la puerta de la *Trattoria de Petrillo*, famosa si las hay.

Allí encontramos un animado concurso de oficiales de la Milicia Nacional de toda Italia (encargada de guarnecer á Nápoles, en tanto que el ejército lucha contra Gaeta), y una infinidad de garibaldinos que cantan himnos patrióticos llevando el compás con los cuchillos en las copas y en los vasos: allí nos esperan las esquisitas ostras del *Lago Fusaro*, que acabamos de visitar, servidas por el mismo marinero que las cogió esta tarde, el cual es cojo y bello como un verdadero Lucifer.

Hánle encojado en la última guerra, allá en Sicilia, á donde fue como voluntario de Garibaldi, á pesar de sus diez y siete años.—¡Oh! ¿quién le mandó dejar su pacífica arena por la otra ensangrentada? ¡Seria menos ilustre; pero no llevaria toda su vida esa reacia pata de palo!

El vino de Capri le va muy bien á las ostras, y los hijos de Ischia se dejan atrás á los de Málaga, aunque á la verdad no les llegan á los de Smirna. En cuanto á las nueces de Sora, no tienen igual en mis recuerdos.

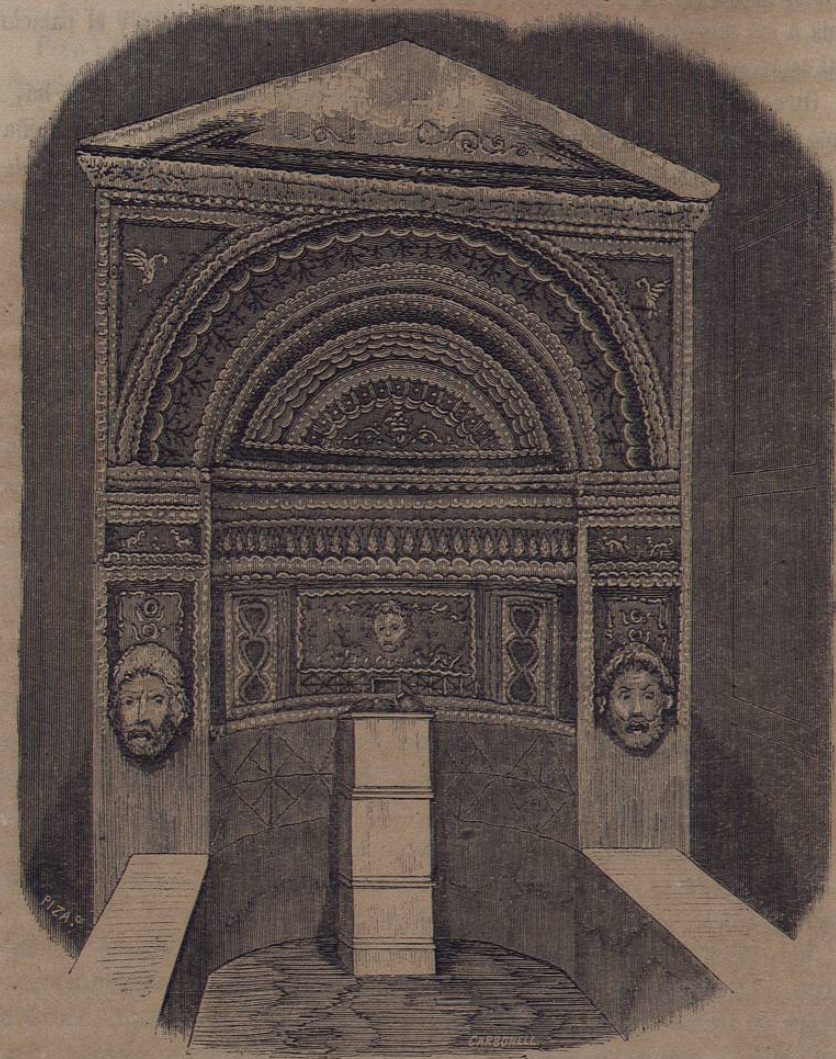
Pero lo mas notable de todo es el limon que exprimimos sobre las ostras: su perfume no desaparece de la mano en muchas horas...

¡Bendita tierra, donde (como dijo lord Byron de otra que no debo nombrar) *todo es bello... menos el espíritu del hombre!*

Al reflexionar acerca de los espantosos vicios, pregonados en voz alta como las mercancías, de los abyectos moradores de esta ciudad inicua y deliciosa, me acuerdo naturalmente del Vesubio, azote levantado sobre Nápoles y que lo castiga con frecuencia; y al acordarme del *Vesubio*, me estremezco de ansiedad, de alegría, de miedo y de esperanza al pensar que mañana, saldremos para *Pompeya*, desde donde subiremos á la cúspide misma del volcan, al borde mismo del cráter.

Pero antes, ya que hemos comido, bueno será que vayamos al gran teatro de San Carlos, dónde se estrena no sé qué ópera de Verdi.

El *Teatro Reale di San Carlo* es el mejor de Europa, al decir de todos los viajeros. Sus dos rivales son el de la *Scala* de Milan y el *Teatro Real* de Madrid.—El teatro de la *Scala* es un poco mayor, pero no tan lujoso en la parte de or-



Fuente en Pompeya.

namentacion de la sala, ni tan rico en trajes y decoraciones como el coliseo napolitano. El de Madrid lo aventaja solamente por la comodidad que ofrece al público y por aquel aire severo y magestuoso de que ya hablamos en Milan.

El *Teatro de San Carlos*, obra de nuestro insigne Carlos III (que como todo el mundo sabe, reinó antes en Nápoles durante quince años, contiene seis ór-

denes de treinta y dos palcos, en cada uno de los cuales caben doce personas. —El público que encuentro en él es elegante y distinguido, y bastante circunspecto para una ciudad tan bulliciosa. —Aquí veo algunas napolitanas hermosas (*avis rara*) y muchas extranjeras celestiales.

Los barrios principales de Nápoles tienen alumbrado de gas; pero el teatro se halla iluminado con aceite, lo cual se explica por el miedo que el difunto rey tenía á los incendios. Y aquí necesito advertir que el regio coliseo y el palacio real están enlazados por una galería.

Otro defecto del teatro de San Carlos consiste en que al final de la sala hay, como en todos los demás de Italia, un gran espacio sin asientos en que se apiña el pueblo soberano. —Verdad es que lo que aquella multitud tenga allí de *mal-sonante* se compensa con el recuerdo que mantiene vivo de los grandes teatros de la antigüedad.

La nueva ópera de Verdi se titula la *Batalla de Legnano*, y por consiguiente, es de circunstancias, puesto que se trata en ella de la *Liga lombarda* contra los austriacos.

A pesar de esta recomendación, ha sido silbada, y con suficiente motivo.

Si tuviera mas tiempo, explicaria las razones que me asisten para creerlo así, y de camino disertaria acerca del carácter y condiciones de la música de Verdi, contestando, según tengo prometido, á cierta erudita carta en que se me invitó hace tiempo á esponer en este libro los fundamentos de mi antipatía á la música del laureado maestro que hoy es tan popular; pero me hallo muy de prisa, y no puedo menos de dejar para mejor ocasión la respuesta ofrecida á mi anónimo interrogante.

Durante la representación, ha habido siempre dos centinelas entre bastidores. Es una antigua costumbre, establecida por la casa de Borbon. —*Negrini* es un tenor excelente, y entre él y la bandera tricolor, que se ha ondeado al final de la última escena, han conseguido que la ópera reciba una palmada despues de tantos silbidos.

El baile nos indemniza en cierto modo de la ópera.

La *Boschetti* es una verdadera sílfide, y las decoraciones y los trajes esceden á todo elogio.

Las bailarinas no sacan ya pantalones verdes como en tiempo de los Borbones... Pero no lo lamenteis por el pudor público. Aquellos abigarrados pantalones no habian impedido que Nápoles fuese entonces como ahora el pueblo mas cínico y sensual de la tierra: aquellos pantalones eran una irrisión, una sangrienta ironía, un sarcasmo hipócrita.

También se ha abolido últimamente otra costumbre aun mas donosa, que consistía en no permitir á ningún actor que fingiese morir en escena el día del rey. ¡La Gracia real lo perdonaba! —Entre tanto eran ahorcados y fusilados de veras, no ficticiamente, millares de amantes de la libertad, por orden del clementísimo Fernando II.

Despues de la función, bajo al café del teatro, donde llama mi atención un

hombre hermosísimo, vestido con una túnica blanca, botas, sable, y turbante de astracán. —Pregunto á mi antiguo y excelente amigo, el cónsul de España en Nápoles, don Carlos Morejon, quién es aquel extraño personaje, y me responde que es el criado armenio de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en Nápoles, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana...

Pero hélo aquí, que viene á refrescar. —Su criado no habia hecho mas que precederlo, á fin de prepararle el triunfo.

Todo el mundo se pone á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito de la edad de los sueños y de las ilusiones!

También ha envejecido el buen mulato.

Con que vámonos á casa, que mañana tenemos que madrugar.

IV.

El Musco Borbónico.—Un día en Pompeya.

Antes de emprender nuestra escursión á *Pompeya*, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se exceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un día con aquella grande, rica y populosa ciudad, fama y orgullo de la Campania, y uno de los retiros predilectos de los mas ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial, á *Plinio el Joven*.

Plinio el Joven tenía 18 años el 79 de nuestra era, cuando se verificó la espantosa erupción del Vesubio que destruyó á *Pompeya*, *Herculano* y *Stavie*. Hallábase en Miseno, antigua ciudad, situada á tres leguas de Nápoles, delante de la cual estaba anclada una escuadra mandada por su ilustre tío y padre adoptivo, *Plinio el Naturalista*. La madre de aquel y hermana de éste llamó la atención del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el Vesuvio, y *Plinio*, adivinando un fenómeno plutónico extraordinario, hizo preparar un buque y se dirigió al pié del volcan, á la ciudad de *Stavie*, donde desembarcó, sin reparar en las cenizas y piedras calcinadas que caian ya sobre el barco y sobre todas las cercanías. En *Stavie*, cuyo último día era aquel, tranquilizó á su amigo *Pomponiano*, se hizo conducir al baño y comió tranquila y alegremente.

«En seguida,—dice *Plinio el Joven* en una carta al insigne Tácito, (l. VI, 16), —se acostó y durmió profundamente, pues desde la puerta se oía el ruido de su respiración... Sin embargo, el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas, de tal manera que á poco mas que hubiera permanecido encerrado, no habria podido salir. Despertósele, salió y fué á reunirse con *Pomponiano* y los demás que habian velado su sueño. Una